

Así como él, así debió ser Vergnand. Su misma juventud; su mismo aspecto pensador y triste; su misma trase pulida como armadura de antiguo caballero en día de justa; el mismo culto á la pureza del sentimiento y á la castidad de la frase; el amor desbordante por el pueblo; el mismo corazón sereno y tierno; la misma vasta erudición clásica; la misma estóica resignación al martirio. . . . Todo lo mismo; pero más fuerza, más realidad, más lucha en Martí.

Cuando principia á hablar con la frente inclinada, como si pesaran sobre ella todos los dolores de su patria, se ve allí al vencido doloroso; mas cuando echa atrás su cabeza poderosa, sacude su cabellera y lanza su frase indignada, se ve de pie al apóstol, aquel cuyo verbo condensado puede ser luego una tormenta.

Tristezas infinitas de la patria; entusiasmos de lucha y de batalla, eso inspira el acento de Martí. Su elocuencia no asorda, no ciega, impone con imponencia mágica. Como en una tempestad en el polo no se escucha vibrar el trueno y sólo se ven brillar los relámpagos rojos en la entraña de la nube oscura, allá donde van las olas en tropel, el mar espumea furioso y sobre el abismo negro brilla el cielo incendiado. . . .

Cuba tiene muchas representaciones egregias de su energía; pero el pensamiento de su independencia tiene en Martí la más pura, la más elocuente y la más sincera de sus voces.

Tal es el tribuno

Como jefe de partido, júzguenlo allá los suyos, por lo suyo.

Después de todo Martí quedará en pie como una grande alma.

Pasará acaso el ruido de su talento; pero no pasará el recuerdo de sus luchas y el resplandor de su mirada.

Sólo el bien perdura

J. M. Vargas Vila.

JOSE MARTI

(ESBOZO.)

El aspecto de Martí producía impresión extraordinaria. Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua, que á primera vista se asemejaba á la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquella sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesante de una cosa á otra, aquel ir y venir perpétuos y siempre de carrera, producían, al fin de cada jornada, un resultado de asombrosa regularidad y gran provecho: los asuntos de su consulado, la dirección y redacción del periódico propio que casi nunca le faltaba, sus correspondencias para diarios y revistas de todos los países, su vasta correspondencia privada, las traducciones que las casas editoriales le pedían. . . . todo quedaba escrupulosamente despachado. Y había además tenido tiempo para hacer visitas, para acompañar y guiar por la ciudad á amigos que de todas partes le llegaban y para

servir á todo el mundo, pues Martí era para compatriotas y extraños todo complacencia y abnegación. Sin contar con que todavía — parece increíble — había encontrado modo de leer lo importante de toda la prensa americana y extranjera y de no dejar pasar libro nuevo sobre cualquier materia sin estudiarlo y anotarlo. Y fuera por último — ya es pasmoso — de que jamás dejó de tener entre manos la composición de algún discurso, de una poesía, de un concienzudo examen crítico, de un drama. . . . ¿Háse visto mayor capacidad para el trabajo?

Y cuando al cabo de tal tarea cotidiana se rodeaba por la noche, para descanso y distracción, de familiares y de amigos, maravillaba el ver con qué frescura y buen humor, con qué viveza y abundancia, con qué verdadera inspiración abría y sostenía durante largas horas una conversación que era en realidad incomparable. El que no oyó á Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana. Ningún cubano, ninguno, ha tenido la conversación de Martí. ¡Qué variedad, qué gracia, qué elevación, qué fuego, qué nitidez y qué elegancia! ¿Había afectación en su manera de decir? Algunos lo creían; yo no: el atildamiento, el horror á la lianeza eran naturales en su temperamento soberanamente artístico. — ¡Qué conversación! El oído percibía en aquel raudal inagotable modulaciones exquisitas; los ojos veían pasar, llenas de movimiento y luz, imágenes extraordinarias; el pensamiento quedaba absorto ante perspectivas extrañas que se le abrían, y el corazón se ensanchaba al oír franco de expresiones henchidas de nobleza y generosidad. ¡Cómo irradiaba y sonreía aquel rostro, de suyo pálido y severo! ¡Cómo relampagueaban aquellos ojillos debajo de la enorme frente, de aquella frente serena y blanca, la más hermosa que haya dado albergue á una privilegiada inteligencia!

La inteligencia de Martí era genial. Martí, como Víctor Hugo, á quien se parecía por lo abierto del ángulo de la visión, sorprendía aspectos nuevos de las cosas, relaciones recónditas, sentidos ocultos; penetraba, abarcaba, desentrañaba; miraba claramente armonizarse todo en el concepto que tenía del mundo y de la vida. Veía tanto, que al querer expresar lo que veía el idioma le faltaba, el espacio también, y tenía que apelar á concreciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio, ignorante del proceso que las había formado. Sí, esa oscuridad de expresión, que ha sido para muchos el solo y grave defecto de Martí, no provenía de insuficiencia de nociones ni de trabucación de especies, sino por el contrario del exceso mismo del número de ideas, de la amplitud exagerada de las concepciones. Escribiendo ó hablando en la tribuna, la menor excitación nerviosa ponía en movimiento y encendía mundos tan vastos en el cerebro, que para exteriorizarlos la pluma y la lengua, no muy disciplinadas después de todo, tenían que ceñirse á simples apuntaciones luminosas, al parecer incoherentes. Pero tome el crítico un

discurso cualquiera de Martí, el más abstruso, busque la senda por donde el autor llegó á esos puntos brillantes que se nos antojan aislados, inconexos, y hallará que éstos son en realidad cumbres de montañas que se ligan allá abajo y componen un sistema apretado y grandioso.

¡Y qué destellos en medio del desorden! Las letras castellanas le deben á Martí frases fulgurantes, de vencedor atrevimiento.

Martí era genial. Su prodigiosa inteligencia tenía á su servicio una voluntad de hierro, tenaz, encarnizada, dominadora; voluntad que por la persuasión ó por la fuerza se imponía y arrastraba. Preferentemente por la persuasión. No, yo no sabré dar idea del poder de seducción de aquella palabra sutil que parecía salir del corazón y al corazón se encaminaba, flexible, acariciadora, ingenua sin embargo y siempre honrada, que para el bien esclavizaba y atraía, que engrandecía al vencido levantándolo á la clara percepción de su deber. Al político americano sabía hablarle el lenguaje sobrio que el sajón aprecia; á nuestra raza la deslumbraba ó conmovía; al negro. . . . ¡oh!, ¿qué lenguaje no sabría hablarle al negro cuando todos los negros lo adoraban?

Así ha hecho esta revolución que nos asombra. Laborando durante largos años, solo, solo, solo, avivando en el seno de una generación cansada y descreída la chispa reducida y vacilante, llevado de la fe pasmosa que tenía en los suyos, sin más mandato que el de su conciencia, sin más estímulo que su amor á Cuba, y todo muy callado, muy callado, porque ese cubano tuvo hasta la grandeza de ser un buen conspirador. La súbita revelación de su trabajo causó en la adormecida colonia el espanto de un trueno que estallase en el espacio azul.

Desapareció en medio de la tempestad que desató, y su vida, en el momento de apagarse, resplandeció en su trágica unidad. Bala española tenía que matar al hombre que había entrado en la vida con un grillete español ceñido al pie. Y España pasará por la vergüenza de que el cubano que liberta á Cuba, aparezca en la Historia arrastrando como el esclavo antiguo una cadena material.

DIEGO VICENTE TEJERA

MARTI Y COSTA RICA

Sr. Don Pío Viquez.

Mi amigo querido:

Yo no puedo decir con las palabras, vestidura tantas veces del interés y la lisonja, el tierno agradecimiento con que recordaré siempre la bondad con que Costa Rica ha premiado en mí, viajero humilde y silencioso, el amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, hemos de mantener a esta América, nuestra, sorprendida en su cruenta gestación, en los instantes en que por sus propias puertas muda de lugar el mundo. Yo no sé decir, en la pena del adiós, el orgullo y fe de americano con que he visto, como por

su raíz de trabajo directo y el vigor de su carácter individual, por la altivez y holgura de su pueblo, criado en la fatiga de sangre y de luz, del alma contemporánea, no será Costa Rica, entre las naciones de América, la que llegue á la cita de los mundos, harto próxima para no disponerse á ella, sin el desenvolvimiento y persona nacional indispensables para medirse en salvo, con el progreso invasor. Ya han caído los muros y el hombre ha echado á andar. Quien no se junte á la cohorte le servirá de alfombra.

Pero yo tengo con Ud. una deuda del alma. Una justa esperanza me la alienta, esperanza de americano precursor, y Ud me le dió una hora de júbilo y de sostén. Yo llegué ayer insignificante é ignorado, á esta tierra que siempre defendí y amé por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva; y Ud. salió á recibirme, con largueza de poeta, y me sentó á la mesa de la bienvenida entre los hombres cordiales de su patria. Me ví tratado como hermano por los que acaso apenas conocían mi nombre. Brillaron allí á mi alrededor el talento enérgico, la palabra discreta, la lisonjera amistad de quienes no la hubiesen acordado de seguro á quien no trajese el sagrado de su hogar, el respeto del huésped y el corazón limpio. Ví en torno mío á hombres plenos y buenos de la América. Y gocé, porque honran y sirven á su pueblo los que, aun fuera de justa medida, premian en nombre de él la fe en su porvenir y la fidelidad á sus ideales. Sólo de un modo puedo responder á esta merced grande: y es pedir á Ud. y á mis amigos de Costa Rica, que me permitan servirla como hijo.

Nunca olvidará á su amigo Viquez su

JOSE MARTI.

JOSE MARTI

Después de los artículos numerosos y bellos que la prensa ha tributado á los méritos del ilustre americano, nuestra insuficiencia no nos permite más que repetir algo de lo dicho por la voz pública. Pero si nuestra tosca pluma pudiera expresar el cariño y admiración inmensos que en cada uno de nuestros pechos ha despertado la generosa personalidad de que osamos ocuparnos, muchos conceptos nuevos estamparíamos en este desaliñado trabajo, obra únicamente de un corazón sincero, que haciéndose eco de otros, obliga á correr la pluma al impulso de los sentimientos despertados por José Martí, y que pugnan por salir del arca agradecida que los guarda y que irremediamente tendrá que conservar la mayor parte, debido á la poca facilidad del escrito.

El solo mérito de este pobre artículo está en los móviles que lo inspiran.

Si nos fuera dable hacer la biografía de Martí hasta la fecha, muchas enseñanzas provechosas se derivarían de ella: vida patriótica comenzada á los quince años, en una prisión donde se confundían toda clase de pecadores, y en la cual su espíritu analizador comenzó á estudiar prematuramente el corazón humano; vida consagrada á la humanidad, á la gran patria americana, y al

El whiskey "Lebanon Club" está sin adulteración.

Instituto Nacional de Higiene